

928

A

PQ 6629

.I3

A9



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

1. 381

# AYALA

Tan imposible es juzgar una época ó una personalidad literaria sin relacionarlas con las influencias que contribuyeron á su formación, como tratar de considerar aisladamente un suceso ó una figura histórica. Los hechos engendran á los hechos, como los hombres á los hombres, las ideas á semejanza de las olas nacen unas de otras sin aquietarse nunca, y ni en la esfera de la realidad ni en el dominio del pensamiento hay generación espontánea. Cuanto en las sociedades acaece ó conciben los hombres, aun los sucesos más inesperados y las creaciones que más originales parecen, todo está ligado á otros hechos y otros pensa-

mientos, del mismo modo que en el seno de la Naturaleza hasta los seres más apartados en la gradación de la vida están unidos por misteriosos vínculos.

Así como en crítica histórica no es dado al juicio más sereno calcular la misión humanitaria de la Revolución francesa sin conocer de antemano el repugnante estado de la Francia bajo el cristianísimo Luis XV, ni pueden condenarse los excesos del Terror sino trayendo á la memoria los calabozos de la Bastilla y el *Parque de los ciervos*, así tampoco puede apreciarse el alcance de ciertas transformaciones literarias sin estudiar sus orígenes. En toda gran obra poética ha influido tanto la atmósfera social que envolvía al poeta como el impulso de su propia personalidad. Sólo pensando en los castigos que merecían sus contemporáneos, por olvidarse de la moral y de la patria, pudo el Dante imaginar los suplicios de su *Infierno* sólo la mal velada incredulidad de su siglo pudo inspirar á Voltaire la amarga ironía que luego derramó en todas sus obras: sin conocer el ciclo de la *Tabla redonda*, la pasión de Lanzarote del Lago por la reina Ginebra, el

amor de Leonis por la encantada Iseo, las estupendas magias de Merlín, las traiciones de Ganalón, las peleas de la Puente de Mantible, los amoríos de la infanta Briolanja por Amadis, las penitencias de este en la Peña Pobre, sin recordar el *Parcival*, de Cristian de Troyes y el *Tristán*, de Godofredo de Strasburgo, podrá admirarse lo que atesora la obra de Cervantes, en cuanto es eternamente humana, pero á nadie será dado calcular la importancia que tiene para la historia de las letras el arrojito con que salió á deshacer agravios y enderezar tuertos del mal gusto *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ningún escritor ilustre ha obtenido los honores de la inmortalidad permaneciendo ajeno al espíritu de su siglo, ó marchando al par de él, sino por adelantarse á los errores de su tiempo, ya castigándolos con la sátira, ya fundando en ellos la esperanza de un porvenir mejor. Y conforme las civilizaciones van con sus luchas y progresos dando motivos de inspiración, á medida que las literaturas se enriquecen, más difícil va siendo desentrañar la significación y tendencia de las personalidades. Además, según

los ingenios son más originales y potentes, ya por observar la vida con criterio exclusivamente peculiar, ya por dar á la expresión estilo propio, van aumentando las dificultades para el estudio de su significación, pues es preciso fijar las corrientes que ejercieron influencia sobre ellos, desentrañar su sentido, y aquilatar, por último, la índole de las facultades del hombre para calcular hasta qué punto y por qué medios reflejó, ó cómo consideró lo que le rodeaba. Sería loco empeño obstinarse en comprender lo que representa Lope de Vega, sin saber lo que era el teatro cuando él comenzó á escribir; no es posible apreciar á Molière sin conocer la Francia literaria de Luis XIV; quien ignore hasta dónde había caído nuestra dramática nacional, no adivinará la importancia de Moratín, y por idénticas razones nadie puede, sin parar mientes en lo que era el drama español hace treinta años, determinar el influjo que ha ejercido en la escena española Adelardo López de Ayala.

De tres partes ha de constar este artículo. Recordaré en la primera el estado del teatro español contemporáneo al producir Ayala sus

principales obras: en la segunda, con datos personalísimos é inéditos, haré que aparezca el poeta, no torpemente dibujado por mi pluma, sino esplendorosamente reflejado en sus propios pensamientos: y por último, trataré de estudiar el valor de la figura de Ayala teniendo en cuenta el estado en que halló el drama español y lo que influyó en su progreso.

En el siglo pasado estaba ya completamente bastardeado nuestro legítimo clasicismo dramático. Parece mentira hasta qué punto llegó el mal gusto literario de la época, ó mejor dicho, hasta qué grado se confundieron, por extraño modo, la tradición genuinamente española y la influencia francesa que tomó entre nosotros aspecto de manía retórica. La turquesa en que se vaciaron *El Alcalde de Zalamea* y *El médico de su honra* fué poco á poco estrechándose, viniendo á ser molde mezquino y extranjerizado de donde sólo salían tragedias de acción anémica y lenguaje incoloro, reflejos pálidos de las de Alfieri: aquí, donde se habían escrito comedias tan admirables como *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*, estas y otras obras parecidas se tacharon de

sandias é inmorales. Se comprende que la tragedia, género que jamás entusiasmó á nuestros poetas, tuviese marcado carácter extranacional y por tanto no lograra levantar mucho el vuelo; pero es inconcebible que el drama se atrofiase y la comedia decayese hasta el punto de parecer *El Barón*, de Moratín, obra relativamente vigorosa comparada con muchas de su tiempo. Hubo por entonces quien dijo, aceptando la opinión de un escritor extranjero, que todas las piezas españolas estaban calcadas sobre las de Lope de Vega, Calderón ó Moreto, y que, aunque no se podía negar talento á estos poetas, descubrían tanto la barbarie de su siglo por entre los rasgos de su ingenio, que no debían ser tomados por modelo. Tan bajo había caído la comedia, que un libro popularísimo, mal escrito, pero fielmente inspirado en las ideas de su tiempo, *El Pensador matritense*, identificándose con Ricobony, el autor de la *Reforma del teatro francés*, consideraba altamente perjudicial que el amor fuese el alma de las comedias. Las conversaciones entre amantes eran consideradas como licencioso desorden propio para desper-

tar espíritus adormecidos y dar entrada á pasiones viciosas en el corazón de la juventud: á juicio de aquellos retóricos el amor pintado por los poetas nunca era consecuencia ni germen de virtudes, sino causa de usurpaciones, asesinatos, traiciones é infamias: y para que se vea hasta dónde llegó la animadversión á toda concepción poética fundada en la observación del natural, *El desdén con el desdén* fué mirado con desprecio y calificado de ser una de tantas fábulas que sólo enseñan á burlar padres, hermanos ó maridos; *El mejor alcalde el rey* fué tachado de inmoral; *El príncipe perfecto*, de pernicioso ejemplo; y de *No puede ser el guardar una mujer* se dijeron cosas parecidas á las que hoy se dicen contra las obras del más exagerado naturalismo. Todo esto parece absurdo y sin embargo es cierto.

Los mismos ataques que ahora se dirigen á los dramas sacados de las novelas de Zola se prodigaron el siglo pasado contra Lope de Vega, Tirso y Moreto, pues á tales errores condujeron la mala imitación de los pseudo-clásicos franceses y la educación frailuna. Tal

fué la herencia literaria que nos dejó el siglo XVIII á pesar de haber producido hombres como Beaumarchais en Francia y Moratín en España.

Por fortuna, la tendencia relativamente progresiva de este último y la revolución romántica sacaron á las letras patrias de aquella postración, pues Moratín aun diciéndose esclavo de las reglas y condenando los fundamentos del teatro antiguo, volvió por los fueros de la verdad que sólo de la Naturaleza manan, y en cuanto al romanticismo, preciso es reconocer que sus mismos excesos brotaron del empeño en huir de los preceptos retóricos por acercarse á respirar inspiración en la realidad de las cosas. Y si alguien supone alocada ó extraña esta aproximación de lo moratiniano á lo romántico, tenga presente que aunque por diverso camino y animado de opuesto carácter, el impulso de Moratín y el de la escuela romántica han tenido en el fondo análogo propósito: la reconciliación del arte dramático con la verdad. Moratín, considerando monstruoso el *Hamlet*, sacrificándolo todo á la sencillez, y los románticos tratando de animar la acción

y la expresión que veían atacadas de parálisis en la tragedia de su tiempo, marcharon hacia el mismo punto animados de propósitos semejantes, sino que el autor de *El sí de las niñas* vió la salvación del teatro en el desarrollo lógico, reposado de la acción dramática, mientras los innovadores del año 30 creyeron lograrla con la exuberancia de vida, la agitación del movimiento y el vigor de la expresión poética. En el fondo aquél y estos trataron de acercarse á la verdad, pero ni el anotador del *Hamlet*, ni los apasionados de *Hernani* la lograron: Moratín consiguió llegar á ella, más siempre la vió pálida, débil en obras y palabras: los románticos también se le acercaron, pero al querer pintarla la retrataron pletórica de vida, desvariando con el pensamiento y exaltándose en la frase: á los ojos de aquél la realidad estaba casi anémica, á los de éstos casi loca.

No es imposible probar estas afirmaciones que parecerán á muchos atrevidas ó por lo menos infundadas. En todo período literario, como en la esfera de la política, la lucha de dos aspiraciones viene á resolverse momentá-

neamente produciendo la síntesis en que se funden la resistencia de unos y el empuje de otros. Del mismo modo que en la esfera de las ideas sociales el choque del absolutismo con la democracia produce la fórmula pasajera de la monarquía constitucional, así en el campo de las letras la extremada inmovilidad de lo clásico y el desordenado hervor de lo romántico vinieron á crear esa literatura ecléctica, transitoria, mala para sostenida, buena para reformada, que han enriquecido con sus obras los escritores más ilustres del segundo tercio de este siglo.

Cuando ya estaba dispersa, como un ejército licenciado después de una victoria, aquella legión de poetas que formó el *Liceo*; cuando el romanticismo había triunfado con el triple carácter que le dieron el vertiginoso drama francés, las fórmulas preceptivas de los Shlegel y el sentido genuinamente español del duque de Rivas; cuando ya se habían estrenado en 1835 el *Don Alvaro*, en 1836 *El Trovador*, y en 1837 *Los Amantes de Teruel*; cuando ya estaban consagradas por el público las mejores producciones de Bretón de los Herre-

ros y Ventura de la Vega, aún no había intentado ningún poeta conciliar en el drama nacional los diversos impulsos que latían en el amor á lo clásico, el entusiasmo por lo romántico y la tendencia contemporánea acusada en las comedias de costumbres. La gloria de fundir en una sola obra y dar á una misma producción la sencillez clásica, el calor romántico, la índole puramente española y el carácter de *modernismo* propio de la época, estaba en gran parte reservada á Adelardo López de Ayala, que con el insigne autor de *Lo Positivo*, había de crear lo que muchos denominan *alta comedia* y en realidad debe llamarse *comedia dramática*, pues en ella se dan juntamente los dos elementos del arte escénico, el temporal y el permanente, que son la pintura de las costumbres y el estudio de las pasiones.

Otra consideración debe tenerse muy en cuenta para poder apreciar debidamente la importantísima parte de gloria que á Ayala toca en la creación del drama contemporáneo.

En esta misma obra, al pretender fijar el puesto que correspondía á D. Tomás Rodríguez Rubí, dije que calmada la efervescencia ro-

mántica se formó un grupo de poetas que intentaron evitar cuidadosamente la frialdad clásica y el desordenado empuje del movimiento literario realizado de 1830 á 1840. Estos poetas aspiraron á reflejar de sus obras la sociedad en que vivían; pensaron que la acción teatral, si había de conmover é interesar, tenía que desarrollarse ante los ojos del espectador en cuadros tomados de la vida real; comprendieron que la impresión que produce el desenvolvimiento de las pasiones es tanto más intensa cuanto más vivamente se inspira en la verdad; hicieron, finalmente, alma de sus creaciones á los afectos contrariados ó favorecidos por la sociedad contemporánea, y unas veces con procedimientos nuevos, otras empleando artificiosamente los antiguos, comenzaron á retratar la fisonomía de su tiempo, pero ninguno de ellos consiguió crear la comedia dramática. A unos les faltó vigor de inteligencia, á otros instinto teatral, á casi todos sobriedad de expresión.

Difícil es precisar si este grupo literario obedeció á propósitos personales, reflexivos, de aquellos poetas ó si fué el público, cansado

de furores románticos, quien mostró deseos de ver en la escena algo que se pareciese á la realidad. En mi humilde juicio es indudable que aconteció esto último. Los dramas de la escuela naciente en 1830, debieron de entusiasmar juntamente con sus bellezas y su novedad; pero una vez conocidos y saboreados el caballeresco *Trovador*, la ciega pasión de Diego é Isabel, y la impotente grandeza de alma que infundió el Duque de Rivas á *Don Alvaro*, aquel público en muy pocos años debió de quedar hastiado de imitadores. Basta recordar las fechas en que se celebraron los estrenos de las obras que durante aquel período se dieron al teatro para comprender que de la iniciación del romanticismo á sus excesos medió muy poco. Aún estaban las gentes asombradas de haber visto *La Conjuración de Venecia*, todavía no se habían hecho verdaderamente populares García Gutiérrez, Hartzenbusch ni Gil y Zárate, cuando en el Príncipe y en la Cruz se veían asediadas las empresas con ofertas de dramas desatinadamente exagerados; Luna y Latorre no se quitaban de encima la cota de mallas; las primeras damas repetían durante meses

enteros los mismos juramentos y morían abrazadas por el mismo amor. ¿Cómo el público no había de pasar rápidamente del entusiasmo de la novedad al cansancio de la exageración? De esta época son una infinidad de dramas cortados por el mismo patrón, hablados de igual modo y confundidos en el mismo olvido. Si hay quien lo dude convéznase de ello recordando el deleite que en medio de aquellos horrores causaba la representación de una obra sobria, sencilla, como *Don Francisco de Quevedo*. Queda, pues, sentado, que el romanticismo, grande en manos de sus iniciadores, decayó rápidamente: la imitación y la exageración concluyeron con él. Al empezar á escribir Taimayo y Ayala estaba el público harto de acción epiléptica y lirismo hueco, pero hambriento de naturalidad y poesía.

La comedia tuvo mejor suerte: dos hombres ilustres, Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega, ya con producciones originales, ya con traducciones y arreglos notabilísimos, dieron al género extraordinaria vitalidad. Justo es consignar que desde entonces, aunque sufra intermitencias innegables, la comedia con-

temporánea está creada, y marcado el camino que deben seguir los autores cómicos, sin más que atenerse á la transformación que el tiempo va operando en las costumbres.

En resumen: al llegar el año de 1850 nuestra escena estaba obstruida con las ruinas del drama romántico, y por entre ellas, nacida al calor de una sociedad nueva, reflejando las virtudes y los vicios de nuestros padres, surgía la musa de la comedia inspiradora de figuras como las que palpitan en *Marcela*, *Muñete y verás* y *El hombre de mundo*: los señores de horca y cuchillo, las ricas hembras, los villanos oprimidos, los hidalgos caballeros, quedaron oscurecidos por tipos naturales, sencillos, pero impregnados de tan enérgica poesía, que su vida y su lenguaje llegaban al alma: no hubo magnate de la Edad Media que resistiera al D. Frutos Calamocha de *El pelo de la dehesa*.

Esta era la situación del teatro cuando vino á Madrid Adelardo López de Ayala.

El drama genuinamente español estaba bastardeado: la comedia, aunque llena de vigor, limitada á la pintura cómica de afectos y cos-



tumbres. Era preciso crear el drama moderno que, aprovechando la enseñanza de la tradición y estudiando la vida contemporánea, fundiese lo que el teatro ha de tener como elemento eternamente humano y lo que debe caracterizarle como privativamente español. En una palabra, era forzoso resucitar figuras análogas á las de Calderón y Alarcón, humanas por lo que sentían, españolas, por el modo de sentirlo; hacerlas respirar la atmósfera del siglo actual, animarlas con nuestros entusiasmos, inocularlas nuestros vicios, y saturarlas de verdad para que, hechas á nuestra imagen y semejanza, pudieran conmovernos. Así han nacido los personajes de *El tanto por ciento*, *Consuelo* y *El tejado de vidrio*.

Es para mí indudable que Ayala no consideró de otra suerte el teatro ni creyó posible la regeneración del drama sino mediante el estudio de la tradición y la observación del natural: lo demuestran sus obras, empapadas de españolismo puro, concebidas al calor de la vida moderna, y habladas en un lenguaje que une á la severidad del castellano clásico la riqueza de color que ha ido atesorando el idioma

en doscientos años más de vida. La lectura de los dramas de Ayala acusa perfectamente sus ideas acerca de lo que debe ser el género en que tanta gloria alcanzó. *El hombre de Estado* y por distinto modo *El tejado de vidrio* y *El tanto por ciento*, expresan con claridad pasmosa que no escribió nunca dominado por impresiones pasajeras, ó seducido por el encanto de un asunto determinado, sino adaptando siempre la expresión de su pensamiento al ideal dramático que consideraba bueno.

Afortunadamente Ayala ha dejado formulas de una manera clara y precisa sus ideas dramáticas. «El teatro—dice—es la síntesis de la nacionalidad: no parece sino que aquellos pueblos que viven descontentos de sí mismos rehusan el espejo que los reproduce.»

.....  
 «Al poeta dramático es forzoso confundirse con la muchedumbre: sus pasiones, sus creencias, sus costumbres, sus aspiraciones y afectos unísonos, son las fuentes genuinas de la inspiración dramática: si estas no existen, carece el poeta de elementos para su obra. Sólo describiendo con verdad las costumbres de su